## BELOTECA - BOGOTÁ

## II. LOS NIÑOS DESVALIDOS

En el suelo más cenagoso crecen las más hermosas flores. De entre las rocas brotan los gigantescos y poderosos árboles que parecen escalar el cielo.—J. G. HOLLAND.

Muy terrible es la pobreza y a menudo abate el ánimo; pero también es el furioso aquilón que azota a los hombres y el suave céfiro que les incita al ensueño.—OUIDA.

La pobreza es el sexto sentido. — Proverbio alemán.

No todos los infortunios son una maldición, pues con frecuencia es bendición la adversidad. Los obstáculos vencidos no sólo nos enseñan, sino que nos fortalecen para futuras luchas. — Sharpe.

No hay duda de que los próceres de la industria contemporánea fueron niños pobres. — Seth Low.

Está probado que la pobreza es la escala de las juveniles ambiciones.—SHAKES-PEARE.



N una fiesta infantil celebrada en Dinamarca, decía una chicuela:

— Mi padre está empleado en el Parlamento y tiene un oficio muy noble. En cambio, los de apellido acabado en «sen» no

llegan nunca a nada. Hemos de arquearlos brazos y darles con el codo para que no se nos acerquen.

A esto replicó enojada la hija de un rico mercader llamado Petersen:

— Pues mi papá puede comprar cien dólares de confites para repartirlos entre los niños. ¿Puede tu papá hacer lo mismo?

—Sí, mujer, sí — dijo mezclándose en la conversación la hija de un editor. — Mi papá puede poner a tu papá y a todos los papás en el periódico. Dice mi papá que todo el mundo le respetaporque puede hacer lo que quiere con su periódico.

A la sazón asomó las narices por la puerta un muchacho a quien el cocinero le había dado permiso de atisbar la fiesta, en premio de haber estado dando vueltas al asador. El muchacho exclamó:

—¡Oh! quién fuera uno de ellos. Pero, no; mis padres no pueden gastar ni un céntimo y, además, mi apellido acaba en «sen».

Años después, cuando los concurrentes a la fiesta infantil eran ya hombres y mujeres, algunos de ellos asistieron a otra fiesta en una morada repleta de hermosos objetos de arte.

En el propietario de aquella casa reconocieron al muchacho que había atisbado por la entornada puerta mientras ellos se divertían. Era el insigne escultor Thorwardsen (r). El sabio teólogo Kitto, sordo desde su niñez, quería que su padre le diese licencia para dejar la casa y hacerse hombre. A este propósito le dijo:

— No se preocupe usted por mi manutención, porque conozco el medio de evitar el hambre. Los hotentotes pasan mucho tiempo sin más alimento que un poco de goma y cuando el hambre les cosquillea se atan el cuerpo con cuerdas. ¿No podré yo hacer lo mismo? Los setos ofrecen moras y nueces, nabos los campos y cama el heno.

Este pobre niño sordo, cuyo beodo padre sólo le creía capaz de aprender el oficio de zapatero, llegó a ser el más famoso hermenéutico del mundo, y en el taller escribió su primera obra.

Creón era esclavo griego, pero también era esclavo del genio del Arte y tenía por dios la Belleza, a que tributaba extática adoración. Después de la gloriosa guerra contra Persia, se promulgó una ley que castigaba con pena de muerte a los esclavos que osaran exponer obras de arte, y por entonces se hallaba Creón atareado en un grupo escultórico, del que esperaba obtener, no sólo la aprobación de Fidias, el más eminente escultor de la época, sino también los plácemes de Pericles. ¿Qué hacer? En el bloque de mármol había infundido Creón su mente, su corazón, su vida, su alma toda. Día tras día había impetrado del cielo siempre renovada inspiración, y agradecido

<sup>(1)</sup> Entresacado de una narración de Juan Cristián Andersen, hijo de un zapatero remendón cuyo apellido no fué obstáculo para la celebridad.

creía que el mismo Apolo, movido de sus ruegos, había infundido en las figuras el aliento de vida que parecía animarlas; pero ahora pensaba como si todos los dioses le hubiesen abandonado.

Cleona, su hermana, sintió el infortunio tan hondamente como él y clamó al cielo diciendo:

«¡Oh, Afrodita, inmortal Afrodita, excelsa hija de Zeus, mi reina, mi diosa, mi abogada! En tu santuario dejé cotidianamente mis ofrendas. Muéstrate ahora propicia y protege a mi hermano.»

Al punto le dijo a éste:

«¡Oh, Creón! Vete a la cueva de la casa. Aunque está obscura, yo te proporcionaré luz y alimento. Prosigue tu obra. Los dioses nos protegen.»

Fuese Creón a la cueva, donde asistido y celado día y noche por su hermana prosiguió la gloriosa y arriesgada tarea.

Por entonces toda Grecia fué invitada a visitar una exposición de obras de arte en el Agora de Atenas, inaugurada bajo la presidencia de Pericles, en compañía de Aspasia y rodeado de Fidias, Sócrates, Sófocles y otras celebridades de la época. Allí estaban expuestas las obras de los más famosos maestros, entre las que, por su belleza, sobresalía un grupo escultórico que parecía cincelado por el mismo Apolo y llamó la general atención, con envidia de los expositores. El jurado preguntó por el autor de aquel grupo, pero no

tuvo respuesta la pregunta ni aun después de repetirla los heraldos. Excitada la curiosidad por aquel misterio, sospechaban ya algunos si sería obra de un esclavo, cuando entre la admiración general trajeron los oficiales de la ciudad a una joven de mirada viva, cabellera al aire y descompuesto el vestido. Los oficiales dijeron:

- Estamos seguros de que esta mujer conoce al escultor, pero calla su nombre.

Cleona no respondió a las preguntas que se le hicieron, ni aun cuando la conminaron con la penalidad en que incurría por su silencio.

Entonces dijo Pericles:

— La ley es inexorable, y yo soy ministro de la ley. Llevad a esta mujer a la cárcel.

Pero antes de que Pericles acabase de hablar, adelantóse un joven con los cabellos ondeantes, en cuya mirada fulguraba la lumbre del genio, quien prosternándose ante Pericles, exclamó:

— ¡Oh! Pericles. Perdona y salva a esta doncella. Es mi hermana. Yo soy el culpable. El grupo es obra de mis manos.

La muchedumbre interrumpió vociferando:

—¡A la cárcel el esclavo, a la cárcel el esclavo! Erguido en su sitial, repuso Pericles:

— ¡No en mis días! ¡Contemplad la escultura! Por ella resuelve Apolo que en Grecia hay algo superior a una ley injusta. El más alto propósito de la ley debe ser el fomento de la belleza. Si Atenas ha de vivir eternamente en la memoria de los hombres, ha de ser por su amor al arte. No a la cárcel vaya, sino junto a mi venga este joven.

Y en presencia de la congregada multitud, la misma Aspasia ciñó en las sienes de Creón la corona de olivo, y al mismo tiempo, entre los estrepitosos aplausos del pueblo, besaba tiernamente a la abnegada y amante hermana del esclavo.

Los atenienses, que levantaron una estatua al esclavo Esopo, sabían que el camino del honor está abierto para todos los hombres. En Grecia, la riqueza y la inmortalidad eran segura recompensa de los que se distinguían en arte, letras o armas. Ningún otro país se esforzó tanto en estimular el animoso mérito.

Decía Enrique Wilson:

Nací en la pobreza y la necesidad meció mi cuna. Supe lo que es pedir pan a una madre sin él. Salí de mi casa a los diez años y pasé once de aprendizaje sin poder ir a la escuela más que un mes cada año, y al cabo de once de duro trabajo me gratificaron con una yunta de bueyes y seis ovejas, que vendí por ochenta y cuatro dólares. Jamás gasté ni un dólar en diversiones, sino que escatimé centavo por centavo hasta cumplir los veintiún años. Entonces fuí al bosque para cortar leña, que arrastraba una carreta de bueyes. Me levantaba antes del alba y me ponía a trabajar hasta mucho des-

pués de puesto el sol, por el exiguo salario de seis dólares al mes. Cada dólar me parecía tan grande como la luna llena.

Wilson no desperdició ninguna ocasión de instruirse y educarse. Pocos hombres supieron aprovechar tan bien el tiempo, pues consideraba los instantes cual si fuesen de oro y no paraba hasta sacar de ellos todo el partido posible. Se las arregló de suerte que pudo leer buena porción de excelentes libros, con lo que dió hermoso ejemplo a los jóvenes campesinos de las haciendas. Al salir de la granja en que servía se marchó a pie a Natick (Mass.), que caía a unas cien millas de distancia, con objeto de aprender el comercio de cabotaje, y su primer ensayo no le costó más que un dólar y seis centavos. Al cabo del año era presidente de un centro político de Natick y ocho más tarde pronunció su famoso discurso contra la esclavitud en el Parlamento de Massachusets. Doce después, se sentaba junto al atildado Sumner en el Congreso de Washington. De todas las circunstancias de su vida se aprovechó para prosperar.

Horacio Greeley estaba de suplente en la Gaceta de Erie, propiedad de Sterret, cuando un día le dijo éste:

- No quiero que salgas más a la calle con ese traje tan estropeado, o si no que te den uno en el almacén. Has de arreglarte un poco mejor, Horacio.

El muchacho se miró el traje como si hasta entonces no hubiese reparado en su facha, y repuso:

— Ya verá usted, señor Sterret, mi padre ha tenido que marcharse del pueblo y me es preciso ayudarle en cuanto pueda.

Horacio Greeley ganaba al año 135 dólares y sólo había gastado seis en siete meses para sus necesidades personales, pues del salario reservaba cincuenta y enviaba el resto a su padre, que de Vermont hubo de emigrar a Pennsylvania. En su infancia pasó Greeley muchas noches al raso en la guarda del rebaño y después entró en la imprenta de Sterret. Cerca ya de los veintiún años. y aunque su aspecto no le favorecía gran cosa, pues era grandullón, de rostro macilento, voz lastimera y pelo de color de estopa, resolvió irse a Nueva York en busca de fortuna. Hizo con sus ropas un envoltorio, que colgó de la punta de un cayado puesto al hombro, y a través de los bosques de Búffalo anduvo sesenta millas, cruzó en bote el canal para ir a Albany, de donde bajó por el Hudson en falúa hasta llegar a Nueva York al amanecer del 1.º de agosto de 1831. Se abonó a un refectorio público por dos dólares y medio a la semana, después de haber gastado tan sólo

cinco en su viaje de 600 millas. Durante muchos días trotó Horacio por las calles de Nueva York y asomóse a infinidad de tiendas y despachos preguntando si necesitaban dependiente, pero todos le respondían con invariable negativa. Su catadura infundía sospechas de que fuese algún mancebo escapado de otra parte. Un domingo, mientras comía en el refectorio, oyó decir que se necesitaban cajistas en una imprenta. A las cinco de la mañana del día siguiente se presentó allí Greeley en solicitud de una de las vacantes; pero como el regente no creyese al inexperto forastero bastante capaz para manejar los tipos de la Biblia Políglota, para cuya composición se necesitaban los cajistas, le respondió:

— Le daremos a usted una caja y veremos qué puede usted hacer.

Al llegar el dueño de la imprenta se disgustó de ver al nuevo operario y le dijo al regente que lo despidiera en cuanto concluyese el jornal. Pero aquella noche sacó Horacio unas pruebas tan limpias y correctas como ningún cajista había presentado hasta entonces.

A los diez años era ya socio de una modesta imprenta y fundó el New Yorker, el mejor semanario de los Estados Unidos que, sin embargo, no le dió ganancias; pero cuando en 1840 fué elegido Harrison presidente de la república, pu-

5. - ISIEMPRE ADELANTS

blicó Greeley el periódico titulado: The Log Cabin, que llegó a la entonces fabulosa tirada de
90.000 ejemplares, a centavo el número suelto,
aunque tampoco tuvo éxito de administración.
Probó nueva fortuna con The New York Tribune,
a centavo el número, y para publicarlo tomó a
préstamo mil dólares y tiró cinco mil ejemplares
del primer número, que le fué imposible colocar
por completo. Empezó con 600 subscriptores, que
en seis semanas aumentaron hasta 11.000 y aun
más cuando con nueva máquina facilitó la tirada.

Por otra parte, Jaime Gordon Bennett había fracasado en su New York Courier el año 1825, en The Globe en 1832 y en el Pennsylvania poco más tarde. Tenía fama de hábil periodista que había ahorrado unos cuantos cientos de dólares tras ruda labor y rigurosas economías de catorce años. En 1835 propuso a Horacio Greeley la fundación comanditaria de un nuevo diario que titularian: The New York Herald. Greelev rehusó la proposición, pero le dijo a Bennett que podía asociarse para el caso con dos jóvenes impresores recomendados por él. Aceptada la contraposición, se publicó el primer número de The New York Herald con tan exiguo capital, que sólo bastaba a cubrir los gastos de diez días. Bennett alquiló entonces en Wall Street un pequeño sótano que amuebló con una silla y una mesa compuesta de una tabla sostenida por dos toneles, y allí puso la redacción decidido a que su diario sobrepujara a cuantos se habían publicado hasta entonces y se publicaban a la sazón en América. Resueltamente se aplicó el joven periodista al logro de su ideal, y al efecto dió las noticias más recientes y emocionantes, hasta que su periódico se hizo famoso por contener la cotidiana historia del mundo con mayor rapidez y exactitud que todos sus colegas. No perdonó trabajo ni dinero para obtener pronta y verídica información de todos los asuntos de interés general. Finalmente, vió recompensados sus afanes con la inauguración de las más completas oficinas periodísticas de su tiempo.

Una de las cosas que primeramente llamaban la atención al entrar en el despacho particular de Jorge W. Childs era el siguiente mote: Nada se logra sin trabajo. Esto cuadraba cumplidamente al éxito de un hombre de niñez desvalida. Su juvenil anhelo fué ser propietario del Philadelphia Ledger y del vasto edificio en que se publicaba; pero ¿cómo podía un pobre muchacho que sólo ganaba dos dólares a la semana ni siquiera forjarse la ilusión de ser propietario de tan importante periódico? Sin embargo, tuvo poderosa resolución para ahorrar unos cuantos cientos de dólares mientras estuvo de dependiente en un al-

macén de libros, y emprender el negocio editorial cuyo éxito estuvo en la publicación de algunas obras como la Expedición Artica de Kane, pues acertó los gustos del público y obtuvo de esta suerte sus favores.

Aunque el Ledger se publicaba con crecientes pérdidas, no consiguieron los amigos de Childs disuadirle del propósito que de comprarlo tenía, como en efecto lo hizo en 1864, cumpliendo así sus sueños de muchacho. Con asombro de todos duplicó Childs el precio de subscripción, al paso que rebajaba el de los anuncios, y el periódico entró en notoria prosperidad, hasta el punto de redituarle unos 400.000 dólares al año.

Cosa de siglo y medio atrás, los comensales de un banquete dado en Lyón discutían sobre el significado de un cuadro de asunto mitológico de Grecia. Al ver que la discusión se acaloraba, el dueño de la casa preguntó a uno de los criados si sabía lo que representaba el cuadro; pero, contra lo supuesto por los convidados, dió el sirviente tan clara explicación del caso, que todos se convencieron y cesó la disputa.

Uno de los comensales dijo al criado:

- ¿En qué escuela ha estudiado usted?

— En muchas, señor; pero en la de la adversidad aprendí las más útiles lecciones.

Aquel pobre criado, que había aprovechado las

lecciones de la desgracia, llenó de allí a poco la Europa entera con la fama de sus obras, y la historia lo diputa por el más poderoso talento de su época. Era Juan Jacobo Rousseau.

A falta de mejor medio, las menudas arenas de la playa del lago Eries sirvieron de pizarra al andrajoso muchacho P. R. Spencer para establecer los principios fundamentales del sistema de escritura que lleva su nombre, una de las más hermosas manifestaciones del arte gráfico.

Durante ocho años había estado Guillermo Cobbett manejando el azadón y el arado, cuando marchó a Londres para copiar pliegos judiciales, hasta que, al cabo de nueve meses, sentó plaza en un regimiento de infantería. Durante el primer año de servicio se subscribió en Chatham a una biblioteca ambulante cuyos libros todos leyó y se puso a estudiar. Pero escuchemos sus propias palabras:

Aprendí gramática de soldado raso, con el haber de seis peniques diarios. Mi banco de escuela eran las tablas de la cama; mi bolsa, la mochila, y un pedazo de poste, mi mesa. Al cabo del año sabía gramática. Como no me era posible comprar aceite ni velas, aprovechaba la luz de la lumbre en invierno, cuando me tocaba el turno de calentarme, y para adquirir una plumá o un pliego de papel me era preciso cercenar la manutención. No tuve ni un momento libre y había de leer y escribir entre las conversaciones, risotadas, cantos, silbidos y

pataleos de los demás soldados, gente zafia en su mayoría, y aun en horas libres de servicio. El gasto de plumas, papel y tinta era muy crecido para mí. Gracias que no me faltaba salud. Recuerdo que en una ocasión, de los dos peniques por semana que importaban las sobras del haber, reservé medio penique con intento de comprar un arenque para el almuerzo del otro día; pero al desnudarme por la noche noté que había perdido la moneda. Hundí la cabeza entre la miserable manta y me eché a llorar como un niño.

Si en tan adversas circunstancias pude llevar a cabo la tarea emprendida, no creo que haya en el mundo entero un joven con excusa legítima de su impotencia.

Véase cómo convirtió Cobbett en su fav r la contrariedad de circunstancias.

Humphry Davy tuvo escasos medios de estudio, pero se aplicó a él con ahinco, utilizando los viejos botes, cacerolas y botellas del desván de la botica en donde servía.

Una tarde de agosto le preguntó Teodoro Parker a su padre:

- Podré guardar fiesta mañana?

El pobre molinero de Lexington miró sorprendido a su hijo menor, pues el trabajo arreciaba en aquellos días; pero descubriendo algún extraordinario propósito en el animado semblante del muchacho, le concedió el permiso.

Teodoro se levantó muy temprano al día siguiente y anduvo las diez millas que distaba de

alli el Colegio Harvard, donde al llegar se presentó a examen de ingreso. Desde los ocho años ya no había podido asistir diariamente a la escuela; pero se las compuso de modo que cada invierno iba durante tres meses y repasaba las lecciones mientras estaba ocupado en las tareas del campo. Aprovechó todos los ratos perdidos para leer libros instructivos, que pedía prestados, y cuando no le era posible adquirir alguno muy necesario, se levantaba de madrugada en verano para recoger fruta que, vendida luego en Boston, le proporcionaba el dinero suficiente para comprar el codiciado volumen. Cuando por la noche de aquel día volvió Teodoro a casa con la noticia de que había salido airoso del examen, le dijo su padre:

— ¡Muy bien hecho, hijo mío! Pero ya sabes que no puedo costearte la estancia en el colegio.

— Es verdad, padre. No iré al colegio, sino que estudiaré en casa a ratos perdidos para examinarme después y obtener el título.

Así lo hizo; y ya mayorcito, con lecciones dadas en la escuela, ganó el dinero suficiente para seguir dos años de estudios en Harvard, donde se graduó lucidamente. Años después, cuando era el amigo de confianza y consejero de Seward, Chase, Sumner, Garrison, Horacio Mann y Wendell Phillips, todos sus compatriotas sintieron la benéfica influencia del que se gozaba en recordar sus primeras luchas y triunfos entre las rocas y matorrales de Lexington.

Decía Elihu Burritt que el momento más feliz de su vida había sido el en que logró desentrañar el verdadero significado de los quince primeros versos de la Iliada. Murió el padre de Elihu Burritt cuando éste tenía diez y seis años, y entró el muchacho de aprendiz en el taller de un herrero de su aldea. Trabajaba en la fragua de diez a doce horas diarias, pero mientras soplaba el fuelle, resolvía mentalmente problemas de aritmética. En un dietaric que de él se conserva en Worcester, hay anotaciones tan curiosas como las siguientes:

Lunes, 18 de junio. — Dolor de cabeza, 40 páginas de La teoria de la tierra, por Cuvier; 64 páginas de francés; 11 horas de fragua.

Martes, 19 de junio. — 60 líneas de hebreo; 30 de danés; 10 de bohemio; 9 de polaco; 15 nombres de estrellas; 10 horas de fragua.

Miércoles, 20 de junio. — 25 líneas de hebreo; 8 de siríaco; 11 horas de fragua.

Llegó a poseer Burritt 18 idiomas y 32 dialectos y le llamaron el herrero erudito, con fama, no sólo por su saber, sino por sus nobles tareas en servicio de la humanidad. Eduardo Everett nos cuenta cómo este niño desvalido adquirió tan copioso caudal de conocimientos y dice que su ejemplo avergonzaría a quienes disponen de favorables ocasiones para su educación.

La famosa cantante Cristina Nilsson anduvo descalza en su niñez, y sin embargo, conquistóse la admiración del mundo por su maestría en el canto y su extraordinaria gracia femenina.

Dice el Dr. Talmage a los jóvenes:

Permitidme advertiros, con respecto a las adversas circunstancias sociales, que estáis ahora en el mismo nivel en que estuvieron cuantos al fin vencieron en la vida. Escuchad lo que os digo y acordaos de ello dentro de treinta años. Entonces veréis que los millonarios, los oradores, los poetas, los comerciantes, los filántropos, los personajes eminentes de la Iglesia y la sociedad, estuvieron en idénticas circunstancias. Porque el más misero muchacho está dotado como el solo Dios del universo es capaz de dotarle.

Parece que los chiquillos vendedores de periódicos no han de esperar honra y provecho en ninguna modalidad de la vida, pues ocupación es de irrisorio porvenir. Sin embargo, Tomás Alva Edisson, el hombre a quien principalmente debe América su regeneración industrial, fué de niño vendedor de periódicos en la línea férrea de Grand Trunk. Tenía unos quince años y ya empezaba a mostrar afición a las manipulaciones químicas, de modo que se había formado un diminuto laboratorio ambulante. En cierta ocasión, mien-

tras a escondidas efectuaba un experimento, pasó el tren por una curva de la vía y se le hizo pedazos al muchacho el frasco de ácido sulfúrico. Fácil es imaginar las desagradables consecuencias de este incidente. El conductor del tren, uno de los perjudicados por el estallido, arremetió contra Edisson y al expulsarle de allí añadió al procedimiento químico una sonora bofetada. Pasó el abochornado muchacho por difíciles circunstancias, que dominó una tras otra, hasta alcanzar en edad temprana el trono del mundo científico. Cuando posteriormente se le preguntaba el secreto de sus éxitos, respondía que había sido siempre moderado en todo, menos en el trabajo.

Daniel Manning, el director de la primera campaña del presidente Cleveland y después ministro de Hacienda, también fué en su niñez vendedor de periódicos. Lo mismo les sucedió a Thurlow Weed y a David B. Hill. La ciudad de Nueva York ha sido prolífica en vendedores de periódicos que se abrieron paso en la vida.

Locura parecía que dos jóvenes sin letras ni nombradía se concertasen en un modesto pupilaje de Boston contra una institución arraigadísima en el país que defendían catedráticos, estadistas, clérigos, potentados y aristócratas sin distinción de partido político ni secta religiosa. ¿Qué probabilidades tenían de triunfo contra los prejuicios y el sentir unánime de la nación? Uno de estos jóvenes, Benjamín Lundy, había ya publicado en Ohío un periódico mensual con el título de El genio de la libertad universal, con cuya entera edición cargaba a cuestas desde la imprenta, que caía a veinte millas de allí, y para aumentar la subscripción no tuvo reparo en recorrer las cuatrocientas millas que le separaban de Tennessee.

Asociado a Guillermo Lloyd Garrison, prosiguieron ambos su empresa con más ardimiento en Baltimore. La vista de las jaulas llenas de esclavos que los traficantes llevaban por las calles y de buques cargados de infelices que la esclavitud arrancaba de sus familias para enviarlos a los puertos del Sur, aparte de las lacerantes escenas de la venta de seres humanos en pública almoneda, conmovieron tan hondamente a Garrison que, como su madre era demasiado pobre para costearle una carrera, resolvió dedicar su vida a la magna empresa de redimir a aquellos infelices, sin más armas que el odio a la esclavitud, aprendido de los maternos labios.

En el primer número de su periódico defendía Garrison la urgencia de la emancipación de los esclavos y por ello concentró sobre su cabeza las iras de la sociedad en masa. Fué detenido y preso. Un amigo suyo residente en el Norte, Juan G. Whittier sintió muchísimo el contratiempo de Ga-

rrison; pero como tampoco era rico, escribió a Enrique Clay en solicitud de que pusiera fianza para obtener la libertad del preso, como así lo lograron al cabo de cuarenta y nueve días de encarcelamiento. A propósito de Garrison, dice Wendell Phillips que «a los veinticuatro años perdió la libertad por mantener sus opiniones y se puso frente a frente del país entero».

Sin amigos ni dinero ni valimiento emprendió Garrison en Boston la publicación del Liberator, cuyas oficinas puso en una buhardilla. En el primer número decía este pobre joven sin fortuna: «Seré tan áspero como la verdad y tan rígido como la justicia. Tengo entusiasmo. Tengo razón. No retrocederé ni un solo paso ni daré la más leve excusa. Al fin me oirán». ¡Hermoso ejemplo de audacia en un joven que había de luchar contra el mundo entero!

El honorable Roberto I. Hayne, de la Carolina del Sur, escribió una carta al señor Otis, alcalde de Boston, diciéndole que alguien le había enviado un número del Liberator, y en consecuencia, le suplicaba que averiguase el nombre del editor. Respondió Otis que, según sus informes, un joven imprimía aquella insignificante hoja en una tenebrosa zahurda con un muchacho negro por único ayudante, sin que lo alentasen en el empeño más que unas cuantas personas de escasa influencia.

Pero el pobre joven, no obstante su modesta vida en la «tenebrosa zahurda», empezaba a despertar el sentido mental de las gentes y era necesario sellarle los labios. La «Asociación de Vigilancia» de la Carolina del Sur ofreció 1.500 dólares de recompensa a quien hallase medio de procesar al propietario del *Liberator* e impedir su publicación. Dos gobernadores de Estado llegaron a pregonar la cabeza del editor y el Parlamento de Georgia ofreció 5.000 dólares por su prisión.

En todas partes menudearon las amenazas contra Garrison y sus partidarios. El clérigo Lovejoy murió a manos de las turbas en Illinois por defender la abolición de la esclavitud, y en la vieja cuna de la libertad americana, en Massachusetts, todas las fuerzas vivas del país arremetieron tan violentamente contra los abolicionistas, que un mero espectador, joven abogado de lisonjero porvenir, solicitó subir a la tribuna y pronunció un discurso cual hasta entonces no se había oído otro en Boston. De él dijo Wendell Phillips:

Cuando el orador comparaba a los asesinos de Lovejoy con Otis, Hancok, Quincy y Adams, cuyos retratos pendían de la pared, pensé que sus pintados labios se abrirían para apostrofar a los falsos americanos que infaman a la muerte. Porque los sentimientos que ha expresado en este suelo bendito por las plegarias de los puritanos y regado por la sangre de los patriotas, bastaban para que la tierra se abriese y los tragara.

La nación entera se vió acometida de altísima fiebre. Los plebeyos del Norte y los aristócratas del Sur chocaron en larga y enconada lucha, que repercutió aun en la lejana California. La contienda culminó en guerra civil, y al terminar, después de treinta y cinco años de infatigable porfía, cuando el presidente Lincoln invitó a Garrison a que, como huésped de la nación, presenciara el izamiento de la bandera estelar en la fortaleza de Sumter, un esclavo emancipado pronunció el discurso de bienvenida, y sus hijas, que ya no podían ser objeto de tráfico, ciñeron a las sienes de Garrison una guirnalda de flores.

Por aquel tiempo moría en Londres Ricardo Cobden, otro esforzado amigo de los oprimidos. Su padre había dejado al morir nueve hijos en estrechez lindante con la miseria. El niño Ricardo se puso a guardar las reses de un vecino y no tuvo ocasión de ir a la escuela hasta los diez años. Pusiéronle en un internado donde sufrió muchas penalidades por lo rígido de la disciplina y sólo se le permitía escribir a su casa cada trimestre. A los quince años entró de dependiente en el almacén de un tío suyo de Londres, y aprendió la lengua francesa por las madrugadas, mientras dormían sus compañeros. Al poco tiempo le destinó su tío a viajante de la casa.

Más tarde recabó el auxilio de Juan Bright para

combatir la inicua ley de los trigos, que favorecía a los ricos en perjuicio de los pobres; pero a la sazón estaba Bright muy apesadumbrado, porque tenía a su esposa de cuerpo presente. En defensa de sus opiniones le decía Ricardo Cobden:

Hay actualmente en Inglaterra miles de hogares donde las esposas, las madres y los niños mueren de hambre. Cuando hayan pasado los primeros transportes de tu dolor, te aconsejo vengas conmigo y no cejaremos hasta conseguir la derogación de la ley de los trigos.

No podía ver Cobden por más tiempo el pan del pobre detenido en las aduanas y gravado en beneficio de los propietarios rurales, por lo que puso toda su alma en la realización de aquella radical reforma. Decía a este propósito:

No es cuestión política, porque la defienden hombres de todos los partidos. Es una cuestión de despensa entre la aristocracia y la enorme masa del proletariado.

Cobden y Bright formaron la «Liga contra la ley de los trigos» que, favorecida por el hambre de Irlanda, consiguió en 1846 la derogación de la ley. Entonces dijo Bright:

Gracias a la perseverante labor de Ricardo Cobden todos los hogares míseros de Inglaterra tienen ya mejor, mayor y más barata hogaza de pan. También Juan Bright era hijo de un pobre trabajador y no pudo ir a la escuela porque sus puertas estaban en aquella época cerradas para los niños de su clase. Sin embargo, el sensible corazón de este animoso joven se conmovió de piedad ante el espectáculo de millones de ingleses e irlandeses sumidos en penuria por la injusta ley de los trigos. Durante la horrorosa hambre que en un año arrebató en Irlanda dos millones de vidas, Juan Bright amedrentó con su vehemente e irrebatible palabra y su firmeza de carácter a toda la nobleza de Inglaterra. Excepto Cobden, nadie aventajó a Bright en sus esfuerzos para que el proletariado viese disminuídas las horas de jornada con aumento de jornal.

En una caballeriza de Londres tenía su albergue un pobre muchacho repartidor de periódicos llamado Miguel Faraday, que después entró de aprendiz en el taller de encuadernación de una librería. Estaba encuadernando cierta vez la Enciclopedia Británica, cuando toparon sus ojos con el artículo Electricidad y no pudo por menos de leerlo de cabo a rabo. Procuróse entonces un matraz, una tartera vieja y unos cuantos ingredientes y comenzó a experimentar. Un parroquiano se interesó por el muchacho y llevóle a oir una conferencia de sir Humphry Davy sobre química. Faraday no vaciló en escribir alilustre físico, man-

dándole los apuntes que de su conferencia habia tomado. De allí a pocas noches, cuando Faraday se iba a la cama, paró a la puerta del humilde albergue el carruaje de sir Humphry Davy, del que bajó un criado para entregarle una esquela en la que el ilustre científico le invitaba a pasar por su casa al día siguiente. Crevó Faraday soñar al enterarse de la esquela, y al otro día por la mañana acudió a la invitación, cuyo objeto era contratarle como ayudante del laboratorio para limpiar los instrumentos y traerlos y llevarlos a la sala de conferencias. El joven Faraday, durante las horas de experimentación, seguía anhelosamente los movimientos de Davy, que con una careta de vidrio manejaba peligrosos explosivos para demostrar la eficacia de su lámpara de seguridad. Estudió Faraday experimentalmente con tanta aplicación y aprovechamiento, que al cabo de algún tiempo fué invitado a dar conferencias ante la sociedad intelectual de Londres. Después le nombraron catedrático de la Real Academia de Woolwich y llegó a ser el portento científico de su época. Tyndall dijo de él que era el más insigne filósofo experimental que se había conocido hasta entonces, y cuando a sir Humphry Davy le preguntaron una vez cuál era su mayor descubrimiento, respondió: Miguel Faraday.

El desvalido niño Disraeli, que con el tiempo

6 .- | SIEMPRE ADELANTE!

llegó a llamarse lord Beaconsfield y fué primer ministro de Inglaterra, decía: «No soy esclavo ni estoy cautivo, y, por lo tanto, con energía puedo vencer poderosos obstáculos. Circulaba por sus venas sangre israelita y todo parecía revolverse al principio en contra suya; pero recordaba el ejemplo de José, que cuatro mil años antes había sido primer ministro de Faraón, y el de Daniel, que desempeñó igual cargo en el reinado del mayor déspota del mundo, cinco siglos antes de J. C. Se abrió camino a través de la clase baja, de la clase media y de la clase alta, hasta que llegó a verse por su propio esfuerzo en la cumbre del poder social y político. Cuando en la Cámara de los Comunes le escarnecieron y silbaron con despectivos vituperios, respondió tranquilamente: «Tiempo llegará en que me escuchéis». Y el niño desvalido pero de recia voluntad, empuñó el timón de Inglaterra durante un cuarto de siglo.

Enrique Clay era uno de los siete hijos de una viuda demasiado pobre para mandarlo a otra escuela que a la municipal, donde le enseñaron tan sólo a conocer las letras; pero él aprovechó todos los momentos para estudiar sin maestro, y al cabo de algunos años fué un dechado de autoeducación. Aprendió a pronunciar discursos en un establo sin otro auditorio que una vaca y un ca-

ballo, y más tarde fué uno de los más insignes oradores y estadistas americanos.

Ved a Kepler luchando con la pobreza y la penuria, mientras sus obras eran quemadas por mano del verdugo, su biblioteca expurgada por la censura y él mismo desterrado por las iras populares. Durante diez y siete años trabajó silenciosamente en la demostración de que las órbitas de los planetas son elípticas con el sol en uno de sus focos; que las áreas descritas por los rayos vectores son proporcionales a los tiempos; y que los cuadrados de los tiempos de la revolución de los planetas alrededor del sol son proporcionales al cubo del eje mayor de sus órbitas. Este niño sin valedores llegó a ser uno de los más famosos astrónomos del mundo.

Dijo Alejandro Dumas (1):

Cuando eché de ver que era negro, resolví vivir como si hubiese sido blanco y obligar de este modo a las gentes a que mirasen por debajo de mi piel.

El célebre forjador inglés Jaime Sharples no tuvo en su primera infancia ningún camino abierto. Era su familia muy pobre, pero solía él levantarse a las tres de la mañana para copiar libros que no podía comprar. En cierta ocasión, después

<sup>(</sup>r) Se refiere el autor al padre del primer novelista de este nombre. — (N. del T.)

de haber estado trabajando todo el día, anduvo en ida y vuelta las diez y ocho millas que distaba su pueblo de Manchester, con objeto de comprar materiales artísticos por valor de un chelín. Siempre solicitaba los trabajos de mayor empeño en la herrería, porque así necesitaba más tiempo para calentar la fragua y disponía de ratos perdidos que aprovechar en la lectura de libros útiles, con tal ardor como si no hubiese de repetirse la coyuntura. Durante cinco años empleó sus horas de descanso en la composición de la admirable obra titulada: La Forja, de la que en toda biblioteca doméstica de la Gran Bretaña se ve un ejemplar.

Tampoco favorecían las circunstancias a Galileo para ser famoso en física y astronomía, cuando sus padres le inclinaron a estudiar la carrera
de medicina. Sin embargo, mientras Venecia estaba entregada al sueño, él descubría desde la
torre de San Marcos los satélites de Júpiter y las
fases de Venus con el telescopio construído de
su propia mano. Y cuando forzado por los terrores inquisitoriales a doblar la rodilla en pública
abjuración de la entonces herética doctrina del
movimiento de la tierra, aquel débil anciano de
setenta años no pudo por menos de exclamar: Y
sin embargo, se mueve. Era tanto su ardimiento
por las investigaciones científicas, que mientras

estuvo preso halló en las pajas de su lecho la demostración de que un tubo hueco ofrece relativamente mayor resistencia que una barra maciza del mismo diámetro. A pesar de haberse quedado ciego en los últimos años de su vida, no perdió por ello su amor al estudio y al trabajo.

Imaginemos cuál sería la sorpresa de la Real Sociedad de Londres cuando, el hasta entonces desconocido Herschel, le envió la memoria sobre el descubrimiento de Urano y de los anillos y satélites de Saturno. El pobre niño, que había tenido que tocar el oboe para ganarse el sustento, construyó con sus propias manos el telescopio que le sirvió para descubrir lo que desconocían los astrónomos mejor provistos de su época. Le fué preciso probar doscientos objetivos antes de adquirir el conveniente para sus observaciones.

Jorge Stephenson era uno de los ocho hijos de una familia tan pobre, que todos dormían en un mismo aposento. Jorge guardaba las vacas de un vecino, pero se las compuso de modo que tenía tiempo de modelar máquinas de arcilla con tallos de cicuta en vez de tubos. A los diez y siete años estaba ya al cuidado de la máquina de vapor de que su padre era fogonero. No sabía leer ni escribir, pero la máquina fué el maestro y él aplicado discípulo. Mientras los demás operarios pasaban jugando y bebiendo los días de fiesta, Jorge

se entretenía en desmontar la máquina para limpiarla, examinarla cuidadosamente y experimentar diversas combinaciones con sus órganos. Cuando cobró fama de inventor con los perfeccionamientos introducidos en las máquinas, los compañeros, que mientras él trabajaba bebían y se solazaban, le tuvieron por hombre de suerte.

Sin que la naturaleza la dotara de hermosura ni arrogancia, resolvió Carlota Cushman dedicarse a la escena con esperanza de sobresalir en este arte, aun en papeles de tanto empeño como los de Rosalinda y la reina Catalina, que la primera actriz de la compañía no se atrevió a desempeñar. Aquella noche subyugó Carlota al público con tan avasalladora soberanía, por su talento dramático y férrea voluntad, que nadie echó de ver las vulgares líneas de su rostro. Aunque pobre, sin valimiento y desconocida hasta entonces, había logrado imperecedera fama en el momento de caer el telón, después de su primera salida en el teatro de Londres. Al cabo de algunos años, los médicos le dijeron que estaba atacada de terrible e incurable dolencia; pero ella, sin desmayar en lo más mínimo, respondióles tranquilamente:

- He aprendido a vivir con mi enfermedad.

Una pobre negra que con tres hijos moraba en una choza de los Estados del Sur era tan pobre que sólo tenía un par de pantalones para los tres, y así los mandaba por turno a la escuela maternal con la prenda puesta. Advirtió la maestra que cada uno de los tres niños sólo iba a la escuela de tres en tres días y todos con los mismos pantalones, por lo que vino a saber que la pobre madre educaba a sus hijos cuanto mejor podía. Pero de aquellos tres muchachos uno llegó a ser profesor de colegio, el otro médico y el tercero sacerdote. ¡Hermoso ejemplo para los niños que alegan su mala suerte, en excusa de vidas malogradas!

Samuel Cunard, el muchacho afilador de Glasgow, probó infructuosamente varias mañas, sin honra ni provecho, hasta que la compañía Burns y Mac-Ivor le consultó sobre su proposito de dar mayor impulso a la navegación de altura. Samuel Cunard trazó al efecto un modelo de buque transatlántico, que fué el prototipo de cuantos más tarde formaron la flota de la famosa compañía Cunard.

Cornelio Vanderbilt tuvo por únicos libros de escuela el silabario y el Nuevo Testamento; pero aprendió por sí mismo a escribir y contar. Anhelaba comprar un barco y no tenía dinero, por lo que ya desesperanzaba de satisfacer sus aficiones marinas, cuando su madre le dijo que le prestaría la suma necesaria, con tal que, en veintisiete días roturase y cultivara un yermo de diez áreas, que era lo peor de la heredad paterna.

Antes del plazo estaba airosamente terminada la tarea, y el día en que cumplió diez y siete años pudo comprar el barco, que desgraciadamente se fué a pique en la primera prueba.

Pero no era Cornelio Vanderbilt de apocado ánimo, y de nuevo se puso a la obra con tal ahinco, que en tres años había ahorrado tres mil dólares a copia de trabajar aun por las noches. Pronto fué patrón de otro buque, y durante la guerra de 1812 le confirió el gobierno el servicio de aprovisionamiento de los puertos militares cercanos a la capital. Cumplía de noche las obligaciones del contrato y durante el día efectuaba el servicio público de pasaje entre Nueva York y Brooklyn.

El joven que había trabajado ardientemente para sus padres día y noche, contaba a los 35 años treinta mil dólares de capital, y al morir en edad provecta legó a sus trece hijos una de las más pingües fortunas de América.

Lord Eldon hubiera podido quejarse de su adversa suerte en la niñez, porque su pobreza no le consentía comprar libros ni tampoco ir a la escuela, pero resolvióse con esperanzado ánimo a abrirse paso en el mundo. Levantábase a las cuatro de la ma rugada para copiar tratados de jurisprudencia, y tal afición cobró al estudio, que cuando se le cargaba la cabeza se la envolvía en una

toalla húmeda para refrescársela y seguir estudiando. Concluída la carrera, el primer año de ejercicio sólo le redituó nueve chelines, pero no por ello decayó su ánimo, aunque al cobrar los emolumentos el procurador le golpeó en la espalda, diciéndole con sorna: «Joven, tenéis el pan asegurado de por vida». Pero aquel joven sin porvenir llegó a ser ministro de Justicia y uno de los más famosos jurisconsultos de su época.

Tampoco tuvo suerte en su niñez Esteban Girard. A los diez años emigró de Francia a América en calidad de marmitón de buque, pero tenía resuelto hacerse hombre a toda costa. No hubo trabajo, por duro que fuese, en que no se empleara, y, como el rey Midas, convertía en oro cuanto caía en sus manos, hasta ser uno de los más opulentos comerciantes de Filadelfia. Si censurable es en verdad el desmedido amor que tuvo al dinero, en cambio, son rasgos ejemplares de su carácter la perfección con que lo hizo todo, los abnegados servicios que prestó durante la fiebre amarilla con riesgo de la vida y el patriotismo de que dió pruebas en ocasiones críticas para el país.

Juan Wanamaker recorría diariamente cuatro millas para trabajar en una librería por 1'25 \$ de salario semanal. Después pasó a un almacén de ropas, donde le dieron veinticinco centavos más a la semana, y de allí fué mudando de acomodo

hasta ser riquísimo comerciante. En 1889, el presidente Harrison le confirió el cargo de director general de Correos, desempeñándolo con suma habilidad.

Los prejuicios dominantes contra su raza y sexo no le impidieron a la negra Edmonia Lewis sobresalir en el arte escultórico con honrosa nombradía.

Federico Douglass empezó su carrera con menos que nada, pues no era dueño ni de su persona, porque antes de nacer ya le empeñaron sus padres en pago de las deudas contraídas con el dueño. Así es que estaba más lejos del nivel del más miserable niño blanco, que lo estaba éste de la presidencia de la república norteamericana. Sólo pudo ver a su madre dos o tres veces y aun de noche una sola hora, porque le era forzoso a ella estar en el trabajo al amanecer y distaba el campo doce millas. No tuvo Douglass abierta ocasión de estudiar, ni aunque la tuviera le aprovechara, pues la ley prohibía terminantemente que los esclavos aprendieran a leer y escribir; pero, no obstante, a escondidas de su amo, en pedazos de periódicos v hojas de almanaque, consiguió conocer por su propio esfuerzo el alfabeto y desde entonces ya no tuvo impedimento su aspiración. Aventajó en el estudio a miles de niños blancos y al cumplir veintiún años se escapó de la negrada,

refugiándose en los Estados del Norte para trabajar en la carga y descarga marítima en los muelles de Nueva York y Nueva Bedford. En Nantucket se le deparó coyuntura de hablar en una asamblea abolicionista con tal acierto y elocuencia, que le nombraron agente de la Asociación antiesclavista de Massachusetts con encargo de propagar los comunes ideales. Mientras peregrinaba de sitio en sitio dando conferencias públicas, seguía dedicado al estudio con todos los ardores de su voluntad. Le comisionó la Asociación para dar conferencias en Inglaterra, donde varios entusiastas abolicionistas le pagaron la redención (1). Vuelto a los Estados Unidos, publicó un periódico en Rochester y después dirigió la Nueva Era de Washington. Además, desempeñó durante algunos años la intendencia del distrito de Columbia.

El famoso actor Enrique E. Dixey comenzó su carrera escénica simulando las patas traseras de

<sup>(1)</sup> Los Estados del Norte habían abolido ya la esclavitud, que, contra toda razón, perduraba en los del Sur. Esta rivalidad de que más tarde derivó la famosa guerra separatista o de secesión, justificaba la cariñosa acogida que tenían en el Norte los esclavos fugitivos del Sur sin que cupiera extradición. No obstante, no perdían los fugitivos su carácter de esclavos y les era, por lo tanto, imposible desempeñar cargos públicos. He aquí el motivo de que Douglass hubiese de redimirse para disfrutar de los derechos de ciudadanía. — (N. del T.)

una vaca de guardarropía, y el después famoso empresario P. T. Barnum cuidaba de niño un caballo por diez centavos al día.

Abrahán Lincoln se abrió paso en la vida sin más suerte que su infatigable perseverancia v rectitud de conducta. Nació en una cabaña y no tuvo de niño maestros ni libros ni ocasión alguna de revelar por entonces la admirable sabiduría práctica que más tarde iba a explayar en la presidencia de la república el hombre que redimió a cuatro millones de esclavos. Durante su fatigosa juventud todo parecía contrariar sus aspiraciones. y sin embargo, tuvo suficiente tesón para aprender por sí mismo aritmética y gramática a la luz de los faroles de la calle, pues tan miserable era su choza que no tenía ventanas. Cierta vez anduvo cuarenta y cuatro millas para procurarse un ejemplar de los Comentarios de Blackstone, que de tiempo atrás ardía en deseos de leer. La suerte de Lincoln consistió en su indomable voluntad

Ejemplo igualmente admirable tenemos en Jaime A. Garfield que, nacido en solitaria choza de los bosques de Ohío, quedó huérfano de padre al año y medio, sin que su madre supiera cómo arreglárselas para vivir y evitar al propio tiempo las acometidas de los lobos en aquel selvático paraje. Pero el niño ya es adolescente, y empuñando la segur abate los árboles del bosque para

mantener a su madre con el cultivo de la clara, y además, emplea los descansos en la lectura de libros que pide prestados porque no los puede comprar. A los diez y seis años acepta gozoso el servicio de guiar las mulas de arrastre de los botes dragueros de un canal, pero muy luego deja esta ocupación para entrar de criado en el Colegio Hiram, donde por salario le dan sustento y enseñanza primaria. En cuanto estuvo debidamente preparado, se matriculó en el Instituto de Geauga. El primer curso le costó diez y siete dólares, pero al comenzar el segundo sólo disponía de una moneda de seis dineros, que echó en el cepillo de la iglesia. Para salir airoso de su empeño, contrató trabajo en el taller de un carpintero por un dólar y seis centavos a la semana.

Al terminar el curso le sobraban tres dólares, después de pagar todos los gastos. En el curso siguiente ya pudo colocarse de ayudante en una escuela por doce dólares al mes y la manutención, de modo que al llegar la primavera había ahorrado cuarenta y ocho dólares, con lo que en el siguiente curso tuvo bastante para hospedarse por su cuenta a razón de 31 centavos semanales. Terminados los estudios en el Instituto, pasó al Colegio Williams, donde al cabo de dos años le vemos graduado honrosamente. A los veintiséis años era senador en el Parlamento local, a los

treinta y tres se sentaba en el Congreso, y veintisiete después de empuñar la escoba y tocar la campana en el Colegio Hiram llega a la presidencia de la república. El ejemplo de tan admirable vida es mucho más estimulante para la juventud que cuantas riquezas puedan atesorar Astor, Vanderbilt y Gould.

Muchos otros héroes y bienhechores de la humanidad tuvieron su cuna mecida por la estrechez en rústicas aldeas, y sin embargo, resistieron victoriosamente los embates del hado, sin otro auxilio que la misericordia divina y sus personales energías. Un escritor inglés exclamó, después de leer una colección de biografías de personajes norteamericanos: «Parece que todos vuestros grandes hombres han nacido en chozas».

Con cinco dedos en cada mano y un propósito invariable, ningún niño, por menesteroso que sea, debe desmayar. Pan y fortuna hay bajo el manto del cielo azul para todo joven que con habilidad y energía sepa aprovechar las ocasiones. No importa que haya nacido en choza o en palacio, porque si firmísimamente se resuelve a un propósito, ni hombres ni diablos serán capaces de vencerle.

## ADICIÓN DEL EDITOR

Uno de los espiritus más cultos y de más exquisito criterio de cuantos en el pasado siglo restauraron las decaidas letras españolas fué Juan Eugenio Hartzenbusch, cuya infancia y mocedad transcurrieron en las más desfavorables circunstancias. Era hijo de un carpintero alemán naturalizado en España y casado con española. El niño Eugenio libó en los maternos labios las dulzuras del habla castellana, v a pesar de su apellido paterno, fué siempre español de cuna y de corazón. Dedicáronle a la carrera eclesiástica, que abandonó por falta de vocación, y entonces se puso a estudiar pintura. Quiso la suerte que cayera en manos de Hartzenbusch un tratado de poética del P. Losada y la lectura de sus páginas despertó en el muchacho las poderosas aptitudes literarias que dormitaban en el fondo de su ser y desde aquel punto se dedicó a componer versos de todo metro y rima. Perseguido y emigrado su padre por liberal, se vió Hartzenbusch en la precisión de trabajar de ebanista para mantener a la familia; pero tan adversas circunstancías no pudieron entibiar siquiera la poética inspiración del insigne vate que había de conquistar los entusiastas aplausos del público y merecer los elogios de la crítica con su hermosisimo drama Los amantes de Teruel, que ha sobrevivido a la radicalisima variación sufrida de entonces acá por el gusto de las gentes y los cánones de la preceptiva dramatúrgica.

Tampoco nació en ricos pañales ni tuvo quien le orientara en su niñez otro poeta no menos insigne, Antonio García Gutiérrez, cuya pobreza no le consintió redimirse del servicio militar. En los ratos que